Apoteosis

A Rafael Sánchez Solana

¿Por qué sigues y juegas
creando este torbellino constelándote?

.....

Al conjuro, en acorde
las rocas de amatista palpitan, se arrodillan;
sitúanse, son círculo expectante.
Su viento será el coro conmovido
de la tragedia: piedad-testimonio.

.....

¿Por qué das tantas vueltas al pájaro mecánico alrededor de ti
con el muelle seguro de tus dedos febriles?
La desesperación ha creado, al fin, el juego.
Una fuerza centrífuga, una fuerza centrípeta;
en lugar de la vida por la sien horadada,
por el espejo roto que te habita en lo oculto
se salen balbuceos y brotan rastros
de polvo luminoso, pergaminos en trizas
murmullo intermitente con el rayo profético...
...De algo irreconocible los girones se vuelan.
Faquir te ha hecho el destino.
Dulce eco malva y alas, torbellinos de viento
salido de la inercia
de este tu juego mágico imparable.
Por el espejo roto, que tu integridá habita
van saliendo chirridos, un frío oculto,
carbón de heces brillante, plumas de oro
de unas aves ignotas, sagradas, colosales...
(al nacer le cediste

un corazón secreto al viejo Egipto
para que siga hirviendo críptica eternidad).
Ved salir verdes chispas de los ojos
de una esfinge demente que delira
e interpreta lo hirviente de las tumbas.

No sólo salen entes de tu espejo
roto en el alma —brechas de una estrella—.
No sólo sale tu tumulto ahogado.
No sólo salen, sino todo acude.
Porque ahora todo viene, las cosas se te acercan;
levantan polvareda en su arrebato
de llegar a ti, eje, eje preciso.
Las cosas y los seres buscan un eje donde
poder, poder girar y crear la inercia.
Extasis de galaxias, cosmos móvil
eternamente errante en el olvido,
del Primigenio impulso abandonado.
Inercia sacra: eternidad moviéndose.
Y la afectuosidad de lo existente
sigue buscando su Eje, ya perdido.

Todo constela tu cabeza, todo.
Destila un arco iris la rueda peregrina.
Oh tú, el faquir más grave,
¿por qué sigues y juegas
creando este torbellino constelándote?
Sonreír de Pitonisa, inaudible respuesta.
Se pone el ojo en blanco y esa niebla
tiembla ocultando el límite prohibido.

Qué altas están las nubes, sus rebaños
errantes se transforman en miriadas de iras;
sus blandas referencias no acompañan.
Sobre esta piel de tierra, color sepia, ondulante,
estás firme y en pie sobre la huella
de mares extinguidos.
Rítmica sacudida no muerta, imperceptible:
impulso de las olas abolidas.
Y en la inmortal inercia de su acorde
tú en pie giros y giros generando.
Y todo, todo, todo, todo acude.

Tu constancia y tu juego irremediable
atrajo lo existente hacia tu Núcleo.
Con la fuerza centrípeta de tu juego ahora llegan
las dulces lejanías.
Ese denso cendal de nebulosa intencionada acude
vagando por celestes,
suavísimos espacios, como un animal triste.
Pregenesíaco nada, se aproxima.
En círculos solemnes
drama en fulgores, llegan los crepúsculos,
de éter dorado llegan los crepúsculos;
con lenta majestad van dilatándose.
Y ya más cerca-cerca,
hojas sueltas de todos los otoños,
acuden, rotan, vuelan;
giran alrededor de tu nostalgia.
Volando ya, se funden con las hojas
arrancadas de viejos calendarios
de tu diario más íntimo, que huyeron...
Por el viento lo grácil, su turno serpentea...
Y sobre los azules de inocencia impasible
los pájaros de sol y de latido.
Flores, verdor y algún extraviado
copo de nieve, circular guirnalda.
Ya la hecatombe ahogada, mas no del todo muerta;
holocausto de bueyes
que en el estanque negro centellean.

Y tiempos desprendidos de un pasado
—sacudiendo ofendidas mariposas violáceas—
irrealizado, semivivo, opaco.
Lo inacabado se agazapa y tiembla,
sale de su escondrijo, se despega;
y ya sangrante, con ansiedad pánica
de salvación, levita en redor tuyo.
Míseras alas de ceniza muerta,
que renacen y brillan, procesiones
de unos seres posibles «que no fueron».
Muchedumbres sin peso, medios rostros,
que ya flotan furiosos
de no ser ¡pesadillas palpitantes!;

no designados, sin paz y sin nombre...
y con su medio aliento se incorporan,
...giran en torno a ti.

¿Esto buscó tu juego?
Ahora ya eres un centro, un vértice, estás solo.
Impar y solo, aún más:
el estar en la linde visceral de ser todo
y deshacerte al fin.
Asumida y mesiánica
la experiencia total, cumplido el plazo.
Bendita luz que ya no da tu forma.
Ya no eclipsa a la luz tu carnal mansedumbre.
Y será tu leyenda:
serás un sedimento de misterio concreto
sobre un tiempo abolido
que sólo será audible en el ambiguo
gemido del presagio.

Elena Andrés